

MADRID fué entregada por los traidores,
a las hordas fascistas alemanas, italianas y africanas

MULTITUD



ARTE Y CIENCIA LITERATURA
POLITICA Y POLEMICA
FILOSOFIA SOCIOLOGIA ECONOMIA
EDUCACION
TODA LA CULTURA
SEMANA A SEMANA
DIRECTOR: PABLO DE ROKHA

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
ABR 3 1939
DEPÓSITO LEGAL

EDITORIAL

«Centro - Izquierda» es Fascismo

Dolorosamente, lo decimos: el GENERAL IBÁÑEZ
HA CAIDO AL FASCISMO.

Es terrible constatar esto, para quienes nos creímos sus amigos políticos, y hoy no somos sus amigos políticos; somos sus enemigos políticos; porque, por encima de las personas y de la vida de las personas, por encima de todas las cosas del mundo, por encima de las relaciones y los sentimientos y las amistades, está el pueblo y el honor del pueblo.

Alevosamente, acorralado por la Derecha, dolorosamente abandonado por la Izquierda, cercado, comprometido, forzado por los agentes enmascarados de la reacción oligárquica, precipitado al frenesí político, Carlos Ibáñez del Campo ha pactado con sus verdugos.

El soldado popular, en quien creímos, y por quien nos juramos íntegramente en Octubre, "el General de la Victoria" se ha entregado, derrotado, a quienes, perversos, malvados, oscuros, lo quisieron asesinar, físicamente, y lo asesinan hoy, socialmente, lo sumergen, hoy, hundiéndolo para siempre en la enemistad nacional, perdiéndolo, liquidándolo, pudriéndolo, entre sus escombros, despedazándolo, haciéndolo cenizas, haciéndolo pavezas, en el infame "Pacto de Centro". Ibáñez se suicida políticamente, y esto es tremendo, es amargo, es funesto para la nación chilena. Lo creímos el baluarte del pueblo, lo pensamos la espada que espal-

dearía el Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, invitándolo, conminándolo, obligándolo a cumplir su gran programa de avanzada, el brazo del pueblo, el pecho del pueblo, el puño del pueblo, y hoy lo oímos hablar "del extremismo del Frente Popular chileno", del "extremismo", de esta gran táctica política que va, paso a paso, y que si, a nuestro juicio, comete errores, y los comete, es, precisamente, por miedo de cometer errores, por su gran medida... demasiado, sí, demasiado enemiga del "extremismo", es decir, de la liquidación del régimen oligárquico, de "la gran máquina", extremista es el trozkismo, no el pueblo, ni el Gobierno del pueblo.

Ahora lo aclama, al General, la gran prensa amarilla, la gran prensa mercenaria, la gran prensa derechista, la misma podrida y maldita, que ayer, pedía su cabeza; es "el ideal" de la oligarquía derrotada por el gigante pueblo de Recabarren, el corazón de "la quinta columna", la gran esperanza de los conspiradores y los saboteadores de la reacción internacional, enmascarada en los partidos "de orden", en los partidos "patriotas" y "nacionalistas"; encarna la posibilidad de "un gobierno nacional" y "un gobierno nacional" en el lenguaje de los demagogos, es un gobierno FASCISTA.

Venía la Derecha rodeándolo, a Ibáñez, halagándolo, cantándole al oído, deslizándose en los cuadros y las filas de la Alian-

Año I . Número 13 . Precio: \$ 1.-

1.ª SEMANA DE ABRIL DE 1939.

Escudo de Armas

Entre la montaña y el río, atravesado de carreteras, movido de animales polvorientos, rondado de pájaros de la costa. Almas más apartadas y cabisbajas que los asnos y los arrieros cansados. Licantén despierta, entreabre sus ventanillas, como matrimonio con sueño, sonríe al Mataquito a las cordilleras olorosas de Vichuquén y escucha con arrobamiento la canción agreste.

Blanca la iglesia. Un cura con gallinas blancas, con blancos años. Algunas beatas y algunos crisantemos. Olor a mentas, a co-chayuyo, olor a unas tinajas rojizas llenas de vinos claros, cuajados de sueños de animal moreno.

Ventolera mañanera. Viento que camina de la mar, tan transparente y salado a vivir entre los árboles y hace flamear como banderas al alba aquellos géneros de pintura estridente que los tenderos despliegan en las puertas de sus baratillos, donde hay también manteca, arroz, aceite y parafina.

Se detiene el camino frente a la casa rosada del pueblo. Corredores anchos con pilares azules, enladrillados, adentro la mata de pita, los nisperos, los naranjos, los limoneros entre los naranjos, los patos, los chanchos, los perros, los gatos, los pavos, los gansos y aquellas florecitas de porcelana que cuidó la última tía.

El caminante mira hacia la propiedad romántica de los Díaz y Alvarado. Tomillo de España desvirtuado hacia esta orilla del Atlántico, hacia el Sur, hacia el mar del Sur. Tostados en las tierras del Quijote, gentes de botas altas, de ojo azul, empecinadas, celosas, cristianas, valientes, generosas y altivas, caballerescas. En una mano el látigo y en la otra una cruz. Gentes de pan y vino y hornacina con lámpara y trovador en lo largo y solo de la noche española.

Las mujeres inquietas y honestas, sumisas, muy tristes y alegres en su afán cotidiano, tejiendo, zurciendo y traginando. Hormigas pardas. Rezando día y noche, echándose agua bendita. Temerosas del pecado, cetrinas, enamoradas de nadie.

Cuando el señor cura clama en la campana para los oficios religiosos todo el caserío acude. Los vestidos grises de las devotas acarrear ceniza y chismes al confesionario. Perros, innumerables perros falderos esperando a sus viejas amas chacoteándose con los de casta inferior, lanudos, con amores secos entre el pelaje destruido.

Los Díaz y Alvarado, vecinos de la parroquia, son los primeros. Don José Domingo con su gran barba de Señor, sobre el pecho alto, botas, cara clara y rosada y bastón, cadena de eslabón ancho y grueso, de oro. Misiá Carmelita con su manto bordado y la alfombra de felpa negra con rosas rosadas. Muy bonita a la sombra del marido.

Chirria la puerta y, con el eco del campo, entra don Juan de Dios de Alvarado. Es la oveja negra de la familia, el ateo. Su figura espanta, los latines gangosos, el cuchicheo insistente de las devotas con todos los santos.

Alvarado tiene un solar fronterizo a la parroquia. Y una cocinera que se llama Rosa. Un delantal azul, senos palpitantes y excesivos, blusón de percal.

Entra, no con sigilo, como el montañés y las mujeres, sino con estruendo, poseído de importancia, orgulloso, castellano. El bigote negro y lacio lleno de burla y atrevimiento. De repente, quebrando el respeto parroquial, arrinconando las almas contra lo inaudito, con voz carverosa, no habla, grita: "Rosa, ve a casa que se quema el puchero".

Y sale tranquilo, dueño del pueblo.

Grupo de colinas de oro. Fragantes, ardientes. El río y las islas, entre las colinas y el río, los viñedos abundosos, los

trigales, los sandiales, los potreros. Todo el paisaje retostado oliendo a yerbas potreras, dominando lo amarillo.

Un conjunto de casas con jardincillos, casas chatas, bajas, de barro blanco techadas de tutora. Colgando, como frutos, en las ventanillas, unas ollas azules, brillantes, de un azul incomparable aquellos tientos llenos de plantitas del país, heliotropos, no me olvides, pensamientos, las flores que decoran el amor popular. Y ahora, destacándose, otras casas, caserones de teja, distanciándose o agrupados otros, hacia la iglesia, a la que está pegada la casa del cura. Rejas blancas, azules, lilas, verdes, cardenales, azucenas, lirios, tinajas, muchas tinajas gordas, risueñas, episcopales. Y allá en lo bajo, hacia el Estero de los Puercos, hacia donde se unen los cerros y los ríos y se pone el sol. El molino: Pocoa-Corinto.

Pocoa, pueblo de viñas y río. Partiéndolo, el tren que arranca al mar — Constitución—. Para el Norte el espinal, el Cerro de los Brujos, colinas y colinas melodiosas, en conjunto, áridas, ásperas o plantadas de viejos, pequeños viñedos, distanciándose; para el Sur el río y las islas, pescadores, redes, botes y uno que otro lanción, que vino Maule arriba, arrastrándose hasta Perales. Al centro, los viñedos, famosos en el país, las bodegas, la industria del vino y el aguardiente, los fragantes lagares de ladrillo. Todo medio derrumbado, agrietado, nervioso de lagartijas en el Verano y entristecido de goterones, musgo y yerbas parasitarias en el Invierno. Por las mañanas se percibe un aroma a leche quemada en todo el pueblo. Y a la oración, el Ave María va rodando de colina en colina, haciendo resonar las hondonadas hasta la campana del Cerro de los Brujos, guardada de ladrones y supersticiones a la vera del camino real de Talca. Chilla el chuncho y es más penetrante el perfume de Verano de la melosa. En Agosto se divisan muy en lo lejano, de noche, lejos, las lámparas del caserío y el caminante se ilumina.

Pocoa tuvo su hora roja de progreso.

Las cabalgatas talquinas (persiguiendo los veraneos, bajaban por Pocoa al río, hacia Constitución. Era la época del valse y aún el mate de plata se PASABA como el rosario. Así se explica uno el lujo del pocano. Y así se comprenden el piano y el quitasol japonés en los salones de la vecindad distinguida.

En aquel tiempo antes del tren, atravesando el río Claro y derivando, hacia el mar, adentro de la herradura natural de las bahías: la antigua rada de Perales, vía fluvial de Talca. Casas de teja ancha, de dos y tres pisos, balcones salientes, claveles, patio con naranjos y medias-aguas españolas, olor a fritanga, gringos y cachimbas, acordeones, actitudes que recuerdan los navios, utensilios de pescadores, pequeñas lanchas a vela, redes, bolsicos, botes, remos y un aire libre y cínico, LA ANTIGUA RADA DE PERALES. Y la levita y la chistera del Alcalde don Melitón Pérez, a caballo en su caballejo rabicano, en traje de etiqueta. Pueblecito de cuento, gran ciudad de cien habitantes entre la majada campesina. Valparaíso en miniatura, oliendo a tabaco de Filipinas, recordando a Singapur y a las Hawai en las canciones y con el alma inquieta y melancólica de las ciudades y las mujeres de las ciudades.

Muchachos y muchachas vestidos a la moda, parejas de gran ciudad, marineros trotamundos, arrancaban desde el mar río arriba, a buscar diversiones, danza, bulla, alcohol y pescado frito.

Tres inundaciones asesinaron en invierno, de noche, con externo viento, la urbe de juguete. Lavados por los años malos blanqueando al sol como huesos, uno que

otro recuerdo de murallas, algunos parroques en abandono, relatan a los viajeros de esas tierras muertas la dolorosa leyenda.

Los Loyola impusieron su costumbre a Pocoa. Los Loyola, vascos, sobrios, aventureros, venidos del lugar de San Ignacio: Loyola. Los Loyola, hijos de Loyola, con ojos marinos, claros, sonreídos, saturados de verde-azul lejano, rostros erizados, de voluntad, acción y pasión, católicos.

Los Loyola, enriquecidos, iban a crear, a triunfar y murieron. Alcanzaron a vislumbrar la comodidad redondeada, íntegra. LAS CASAS estuvieron montadas con amoblados de seda, de la espalta alta, tallados, forjados a martillo, mármoles, caobas y marfiles. Las mujeres florecieron en la iglesia mantillas de encaje auténtico y capas de Francia, estampadas de florones de terciopelo, inmensas polleras de vuelos, con crinolinas o polizón, manillas caladas donde crecían dedos muy albos entre sus sortijas, y usaron aretes de brillantes, camaleos y peinetas, estilizando el moño de trenza.

En 1890 vivían en LAS CASAS, una señora viuda, doña Rafaela, un hijo varón y cuatro mujeres. La mayor tenía quince años: Laura. Venía de las Monjas del Sagrado Corazón a llorar la muerte del padre.

Loyola había caído trabajando, batallando. Había forjado su dinero comprando tierras, plantando viñas, levantando bodegas y establos, comprando la primera vendimiadora de la región. Desde Pocoa arriba a Pocoa abajo se conocía a don José de la Cruz Loyola. La desgracia empezaba a penetrar en estos hogares de gentes fuertes y sentimentales y una flor negra flotaba en el apellido.

El hombrerito era el menor de la familia. Un pequeño que llevaba en sí toda la estampa de sus antepasados: el sentido y el reposo triste, la estampa magra del Loyola.

Doña Rafaela tenía en su casa a la Chepita, mujer hacendosa, fiel, varonil, aunque pequeña y escueta, con unos ojos grandes, parecidos a los de las lechuzas; siempre vieja, fea, beata y buena. Iba y venía por la casa, vigilando a la servidumbre, ordenando, regañando. Había recibido uno a uno, todos los hijos de su amiga y los había criado y cuidado junto a sus santos llenos de pacotilla y abalorios.

La Chepita cantaba en la guitarra: "Yo tenía una cabrita"; guardaba pasas e higos debajo del catre de bronce en unos bolsos de coty de colchón, llamaba a los curas "CUERPOS SAGRADOS"; y siempre tenía reumatismo en la cara; en los meses fríos tomaba mate con cedrón, cáscaras de limón y azúcar quemada, rezando el rosario de quince misterios.

Doña Rafaela, rica y sola, en abandono creciente, después de meditarlo llegó a resolver la visita a DON LIBORIO, cura y vicario de Licantén, su primo, a cuya plácida situación penetraban los sarcasmos endemoniados de aquel don Juan de Dios de Alvarado, su vecino.

Ignacio Díaz Alvarado, escribía versos románticos: era alto y rubio, llegaba de Santiago, hablaba de Santo Tomás de Aquino y citaba nombres de parientes que figuraban en situación preponderante en la capital y vivían en la antigua Recoleta. Leía el Romancero y el Mío Cid Ruy Díaz de Vivar, Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas, El Quijote, Atala, La Redención del Esclavo, de Emilio Castelar, Amalia de Marmol. Visitaba a don Liborio el párroco y juntos hollaban los corredores imponentes hablando del tiempo, del mundo, de aquella elegía primera de Ovidio al emigrar.

La Idea Fija

(Continuación)

Pero antes que la muerte brotara con su respiración de fuego del interior de ella misma, un grupo de bellas jóvenes se hizo presente. Ellas caminaban ignorantes del peligro, mientras yo acechaba. Ellas conversaban, se reían, andaban con rapidez, acercándose a la bomba cuya mecha estaba encendida ya.

Por una coincidencia especial, eran doce las mujeres que avanzaban al encuentro de la muerte. Yo pretendí advertirlas del peligro, pero un cansancio enorme, una renuncia, me detuvo. Cerré los ojos y pensé con rapidez. Imaginaba encontrarme en la cumbre de una alta montaña. Mi cuerpo interceptaba la luz solar, quién lo reflejaba en pleno cielo. Yo hacía ademanes inesperados, para divertirme, y la imagen mía, agrandada hasta la exageración, los repetía con fidelidad. Era un fenómeno semejante al que recibe el nombre de Espectro de Brocken y que se realiza en una montaña de Europa.

Pero el rasgo especial que tomó en mi propia experiencia fué el hecho que mi propia imagen, de pronto, empezó a actuar por su cuenta. Incluso se solidificó, se cristalizó. Era una sombra donde los pájaros corrían a chocar sus gráciles cuerpos, sus monstruosos cuerpos. Quise hablar con cierta detención de semejantes pájaros. No era esa la primera vez que yo los veía, y casi por la exactitud de sus movimientos podría asegurar yo que en una ocasión lejana se habían presentado, ejecutando, siendo los intérpretes de un drama en el que yo también participaba. Ellos llenaban todo el cielo teñido de un color verdoso como el de las aguas de un estanque deteniéndose y corrompidas desde hace siglos—y casi no dejaban espacio en el páramo propio Espectro de Brocken. Salvo por ratos, cuando su vuelo se hacía más desenfrenado, se podía ver el fondo verdoso del cielo. Estas aves estaban poseídas por un frenesí singular. Algo, una especie de instinto seguramente, las obligaba a picotear la imagen mía, con una rabia de antropófagos.

La sombra mía tenía una bomba en la mano. La mano era roja, inabarcable como el fósforo blanco. La mecha de la bomba se consumía con gran lentitud. De improviso se produjo la explosión, pero ella también se demoró en propagar su sonido, y yo tuve el tiempo de preocupar-

me por la suerte de las doce infortunadas paseantes. Volví a la tierra. Abrí los ojos. Ellas estaban despedazadas por la explosión de la bomba.

A la imaginación de cada cual se deja en este instante la libertad de elegir su parte inmoral, mientras dure la inconsciencia del amor, especialmente ahora que se le quiere cronometrar y adornar de los atributos de pasión casta, de limpieza de la familia, de cuidado por los pequeños, etc.; justificando en lo posible la frase de un médico, que por serlo se nos deberá hacer sospechosa: "El amor que no puede salir por la puerta sale por la ventana", veremos que todo el mundo negará con horror esta pequeña falla de la realidad. Asociaciones de ideas más bien; ideas fijas, estrellas fijas, placeres fijos. Erotomanía. Pasión obsesa. Carácter afrodisiaco de la literatura. Novedades de la sinfomanía. Abusos del amor alucinatorio. La satiriasis que me está en la moda de los púlpitos. El incesto, quel horreur! La bestialidad, no la nombremos, ni a los queridos sanguinarios ni a los necrófilos.

Ustedes los han arrojado de la realidad y de todas las comarcas. ¿Cómo no desean entonces que yo grite y que mi boca estalle furiosamente si veo que lo que ustedes desencadenaron y que no tendrá solución hasta el fin de los siglos, siga arrojándose a unos tribunales imperfectos, a unos manicomios donde la crueldad, la villanía y la estupidez, humana alcanzan su mayor grado, a unos cuarteles, a unos confesionarios... para que ustedes se sientan como irresponsables y se repitan, leyendo los periódicos a la hora del desayuno, que Sade, Lantreumont, Rigatt, y todos esos otros desquiciados, y esa poesía negra, quel horreur! son todos carne de presidio y de horca... la limpieza de la sociedad, el capitalismo, la familia, la patria, la religión... Sigamos, lo desean Ustedes?

III

Los doce cuerpos de las mujeres estaban amontonados, unos encima de otros. Resultaba de todos ellos un compacto desorden de senos, cabezas, ojos, que formaba un cuerpo de mujer, un cuerpo general. De esta única creatura sobrenatural, corría la sangre a torrentes. Todos los transeúntes se agruparon en tor-

no de ella, mirándola y comentando el suceso.

En torno de ella. ¿Pero, qué instante de un segundo me basta para reconocerla? Es ella, la extraordinaria, la alta, la desenfronada, la independiente, la fascinante. Es Lady Macbeth, Clara Reeve, Violetta Nozière, Sofía Khun, Anne Radcliffe, Beatriz Ceneci, la marquise de Brinvilliers, Annabella—la consagrada al delirio sexual más insostenible, quién viene directamente a dormir en mi lecho desde las páginas de Ford—Marie-Anne de la Ville, Clitemnestra, Ana, Emilia, Carlota Bronte, Aurelia, Nadja, Mathilde, la obra maestra del Demonio; así se llama.

Y es aquí después de contar la suerte corrida por algunas personas, donde yo tomo la iniciativa a los reflejos de la Belleza, y ya no escribo bajo la luz imperativa del amor, bajo la luz de la poesía, bajo la luz de nada. ¿Por cuántas líneas?

Porque nadie prohíbe seguir al pie de la letra lo que sucedió en seguida. Las doce jóvenes, que horas antes hacían proyectos referentes a su porvenir, yacían ahora indefensas y desnudas.

¿Sería entonces sorpresivo que alguna persona del grupo, de curiosos trajera un gran ataúd de forma especial, casi parecido a un tonel, y, ayudado por los demás transeúntes, echara adentro el grupo de muertas? ¿O que yo mismo reconociera uno por uno en ellas los rasgos de una mujer que entonces—ayer—me preocupaba? ¿Y no será ya volver a repetir el mismo sueño en el cual ella atrevesaba una avenida de acacios penosamente, o en el cual ella atravesaba el piso de barro del Parque Forestal, si escribo que por tercera vez me encontraba frente a su rostro, compartiendo el de ella y el mío el mismo juego de resplandores y formas que hace poco tiempo, al empezar a escribir—alucinado por descripciones internas, golpeado en plena frente por el rayo de luz de las apariencias humanas—ya había imaginado?

Pero es ella misma la que se levanta desde su banco, y la que viene a mi encuentro, con una sonrisa. Es ella la única, la imaginada, la recompuesta una y mil veces en mi vida, es ella—la eterna—la que avanza.

La hija del sueño, la hija de la sabiduría, cuyos antepasados mar-

chan a vivir a las montañas de nieve.

Pero un paso más que adelante ella y la explosión temida se producirá. Un otro segundo y las chispas mortales iluminarán con su resplandor al mundo.

Entonces, gracias al torrente de luz, las puertas que cierran la entrada a la Avenida caerán en pedruzcos. La comunicación entre este Mundo y el otro será permitida. Sólo, a la entrada, habrá un viejo hombre que nos tomará juramento—única garantía para flanquearla—que nosotros nunca más volveremos de nuestra expedición encantada. El mundo que hasta ahora nos estaba negado, gracias a los políticos, a la familia, gracias a las buenas costumbres y a las retenciones de orden moral y social, no contará más con esas redes de arañas para defenderse.

Wonderland, país de amor, país de sueños, país de alucinaciones, país de poesías.

Ya nada me prohíbe echar a caminar. La sombra de Alicia, la dueña de Wonderland, me mete con seguridad en un mar tenebroso lleno de animales incoherentes y casi sin formas. Ahí reconozco a otros nadadores, a otros amigos de viaje. ¿Para qué nombrarlos? ¿O más bien, qué nombre darle a ella, a la que se desprendió del friso pompeyano y caminó también por la Avenida, levantando el pie en la marcha, de una manera singular? ¿No es Gradiva, no eres tú la reminiscencia de un recuerdo? Apresurémonos, se nos espera pronto, el nadador ya va a abrir sus ojos del sueño. Vamos a exigirnos decir las mismas palabras involuntarias, las mismas palabras de la torpeza del placer, que ya ensayamos. Cuando nuestros cuerpos se fueron hundiendo en las aguas que subían de nivel, y ya no hablábamos sino desesperadamente, contemplando la muerte de los vecinos.

Tú eres mi idea fija.

Los nadadores nadan tomados de la mano. Muchas mujeres toman al mismo tiempo mis manos. ¿O eres ya tú la única la que me guías? No sé, yo me pierdo en tu nombre. El tuyo era Wonderland. Es ahora FEMME?

Pero es preciso ir apresuradamente. Más aún. A prisa. Dejarse atrás.

(Continuará)

B al destierro en el Ponto: "Cuando viene hacia mí el recuerdo de aquella triste noche..."

Sucedió como en las novelas de ayer: El joven alto, rubio y sentimental, conoció

W

ARTE FASCISTA "Escribe sus versos en los mismos cuartos en donde prostituye su alma, entre cottes y vagabundos peligrosos, en los más baratos mercados del vicio. Una degeneración del gusto lo ha llevado a convivir con

G

a la niña pálida, flor de Pocó. Los casó el cura don Liborio.

Partieron a caballo muy de mañana. El iba en un potrón alazán tostado con su buen arreo de montar: chaquetilla corta, gran sombrero, altas botas negras, manta a ra-

DE

las meretrices y los ladrones de barrios pobres, y sus versos tienen entonaciones de refinadas demagogías:

"Libre la calle para los batallones de [asalto] Libre la calle para el hombre del grupo de [asalto]

R

yas, curicana; ella, con ropón de rep grante oscuro, la cintura como un tallo de azucena: como picaflores negros, unas botitas muy chiquitas aparecían bajo la redonda ola de aquel ropón que murió con la mazurca y el otro siglo.

Millones nos miran desde la cruz gamada Ya amanece el día de la libertad y del pan".

(Del libro La Internationale). Para hacer resaltar este arte combativo, de guerrillas, invasorista, han tenido que liquidar el arte liberado que Goebbels llama: "disolvente, extranjero, materialista".

G